

risa de misia Jeromita; la vió satisfecha de haberlo vencido, resistiendo valerosamente el empuje de los argumentos de odo calibre que empleara para que imperase la razón allí donde el delirio sentaba sus reales; y aunque callada estaba, fatigada también de la batalla, le pareció escuchar el irritante estribillo:—Lo que me dé la gana.....

Misia Elvira decía:

—¿Y cuándo te ascienden Jorgito?

—¡Oh! Cualquir día —contestó el joven, acariciando su barba amarilla como huevo hilado;—precisamente espero pronto una vacante.

—¡Ah! Sí —dijo Leona riendo, —debilidades de papá Estado, que desea complacer á su *enfant gaté*, como usted dice, Jorge, y le hará un huequito.

Monreal se levantó. Levantose también misia Jeromita, midiéndose mutuamente, los ojos relampagueantes.

—¡Nepomuceno!

—¡Jerónima!

Monreal humilló la cabeza y dirigióse al grupo de la ventana, el que curiosamente le interrogaba con gesto mudo, que tradujo luego Pantaleona:

—¿Te vas ya? ¿Qué tienes?...

El no podía hablar y la estrechó más conmovido que nunca la fría manecita. Y salió dando tropezones.

No volvería más, no volvería más. Su *idea*, su generosa *idea*, no se realizaría nunca, nunca.

Creó sentir en los faldones el afrentoso contacto de una bota, la del joven y rubio italiano, muy fino y zalame-ro, que lucía un alfiler de corbata de coral y diamantitos: la bota, de charol seguramente, del Sr. Don Fortunato Lucca.....Para colmo de desventuras, la perra de lanas, la blanca *Diamela*, le ladró en la puerta y le mordió los zancos.

II

Asáltanme grandísimo temor y confusión, ahora que obligado estoy á referir la interesante conferencia de ambas hermanas, pocos días después de aquel en que Don Juan Nepomuceno Monreal fué vergonzosamente derrotado: ¿qué locuciones escoger y qué giros para expresar con fidelidad cuanto dijo misia Jeromita y contestó Pantaleona, de manera que todos los que me leyeren me entiendan? Porque desde que di en la menguada idea de componer estas *Novelas*, ciertos críticos (que también los hay por acá, aunque parezca mentira) vienen zahiriéndome con motivo de que no escribo en el *idioma nacional* que ellos llaman y yo ignoro qué nueva lengua sea. Siempre he tenido la sana intención de hacerlo del mejor modo que mi ignorancia y el mal ejemplo me permitan, pero es tan importante la dicha conferencia, y tanta miga encierra, que no deseara yo que, por torpeza mia, dejase el lector de gustarla: así, voy á ensayar contarla en dialecto criollo, que es, á lo que se me alcanza, el *idioma nacional* de los respetables críticos citados:

«Recién se había levantado misia Jeromita y estaba de bata y pollera de lustrina negra mateando en el jardín, cuando acertó á salir Pantaleona de su cuarto con un durazno, que pelaba, sin duda para comérselo.

—Dejate de comer duraznos en ayunas —dijo misia Jeromita. —¿Por qué no te tomas un mate, un buen cimarrón? Me parece, ché, que del solazo de ayer en el tambo me ha venido un chavatongo: me he paesto estas papas en las sienes... Veni, hombre, sentáte y decime lo que pensás de este proyecto que tengo y no me ha dejado pegar los ojos ¡como sós tan letrada, vos!

Se acercó Pantaleona, desde ya dispuesta á meferle los monos á la hermana, si esta mentaba al gringo, por casualidad. . . .

¿Han comprendido ustedes? Sospecho que no, desgraciadamente. Dejo, pues, á otros la tarea de complacer á aquellos señores de la crítica, que no faltará quien lo haga mejor que yo, y proseguiré mi relato según mi leal saber y entender. Quedamos en que estaba la de Pérez Orza en el jardín muy ligeramente vestida, á pesar del fresco de la mañanita de Marzo, con falda y cuerpo de alpaca negra, tomando su mate amargo, que era, sin duda, su desayuno habitual, cuando salió Pantaleona pelando el melocotón, y entonces la llamó y la instó para que se sentara, la confió el dolor de cabeza que sufría, y mostró deseos de consultarla sobre cierto proyecto que la había desvelado; acercándose, por último, Pantaleona, con bélicas disposiciones. . . .

Sentóse, pues, la morena Leoncita en una silla baja, á la sombra del parral y haciendo rodar entre sus dedos enmelados por el jugo la gorda y hermosa fruta que despellejaba, miró á la hermana con desconfianza. La mayor lentamente, entre dos chupadas y un suspiro, comenzó á quejarse de los males tiempos que corrían, de la carestía de muchos artículos, de los esfuerzos suyos para que la pensión cubriera todas las necesidades, esfuerzos inútiles, pues en poco estaba que tuvieran que coser para fuera como las Cadenas. Tan triste situación (que ella ennegreció á su gusto, de modo que Pantaleona la escuchaba alarmada, ociosa la navaja y sin catar la mondada fruta) la obligó á

buscar el medio más decente de salvarla, sacando de la almohada, que es donde se esconden y maduran las ideas, esta felicísima, aquí expuesta: ceder en arrendamiento la pieza grande contigua al comedor, admitir un huésped en la casa. ¿De qué servía la pieza grande? Estaba llena de trastos, que se acomodarian en el *altillo*; por la pieza grande bien podían dar veinticinco pesos ¡veinticinco pesos! Anadió misteriosamente, á medias palabras, como si *Barcino* y *Patitas blancas*, que enredaban cerca, pudieran comprenderlo, que corrían también el riesgo de verse con la pensión suprimida: un trazo en el presupuesto bastaba; ¿y entonces? . . . Porque, la verdad, de la justicia de aquella pensión dudaba un poquillo: así se pasara recapacitando el año entero, no se acordaba de haber oído á su madre, ni á ninguno de la familia, que hubiera el padre figurado jamás en el ejército; recordaba, sí, que Adrián Eneene, por la intervención de su mujer, la tía Damiana, puso en favor de Don Jesús toda su influencia, entonces poderosísima, é hizo aprobar el proyecto sin discusión y con voto unánime. Los azares de la política desposeyeron á Eneene de su dictadura, y relegado á su provincia, en la obscuridad y el olvido, no era ya aquel árbol soberbio, la fuerte encina á cuya sombra los Pérez Orza, grandes y chicos, prosperaron milagrosamente.

Bueno. Había en el Congreso un diputado joven, Tito Barbado, que por meter ruido y conquistar popularidad, como el traperero en los recovecos andaba hurgando en los expedientes, á la pesca de chanchullos. ¡Valiente polvareda levantara si en la punta del gancho aparecía el de Don Jesús! y se ponía en claro el error, ó el engaño ó la . . . ¡Dios de los cielos! ¡Qué hacer, si Adrián había caído del candelero para siempre! No les quedaria entonces más que la casita y sus manos lavadas.

Pantaleona apenas chistó, sobrecogida. Sin embargo, como todo reduciase á aprensivas cavilaciones de la hermana, indicó que le (parecía muy bien prevenir los males

posibles; que en cuanto á los de imposible remedio... Misia Jeromita quiso dar mayor fuerza á su argumentación, mostrándole nuevas razones: además, la soledad la tenía amedrentada: no eran más que tres mujeres, las paredes bajas, y, por lo tanto, fáciles de escalar; cierto que hasta ahora nada había sucedido, pero el mejor día, á pesar de la buena vecindad, los Blumen de un lado, el médico inglés de enfrente, y las Cadenas de más allá, podían darlas un susto. El Caballito no es la ciudad, y así como está á media hora, parecía estar á diez leguas, en pleno despoblado.....

—Por mí yo no tengo miedo—dijo Leona, decidiéndose á dar un tajo al melocotón;—en cuanto á alquilar la pieza grande, las primeras razones bastan para convencerme: que se alquile; hoy mismo se ponen los papeles; acaso demos con una buena señora, cuya compañía nos sea útil y agradable.

Chupó misia Jeromita la bombilla hasta agotar la calabaza.

—¡Una mujer más! ¿Pues qué falta nos hace? ¡Un hombre! Los calzones inspiran respeto y temor.

—Piensas de veras meter un hombre en la casa?

—¡Claro! Un hombre serio, que nos defienda si el caso llega. ¡Esta muchacha parece *tilinga*! Y que ya le tenemos, á Dios gracias, de manera, que ni poner papeles necesitamos.

Echó una ojeada de soslayo á la joven, y, entre los gorgoritos de la bombilla vacía, pronunció este nombre:

—D. Fortunato Lucca.

A Leona se le cayeron la navaja y el melocotón de las manos. Furiosa, se levantó para increpar á la hermana. ¿estaba en sus cinco sentidos? ¿no comprendía el escándalo que iba á armarse en todo el barrio, cuando se supiera que con ella vivía un hombre joven y de las buenas trazas de aquel italiano? ¿Qué dirían sus relaciones todas, qué dirían las Cadenas, qué Jorgito? Porque si su honra de cincuenta

años no sufría peligro, la suya sí, y ¡no consentiría jamás que anduviera entre lenguas. ¡Cuántas voces diern las dos, á seguida del violeto estallido de Pantaleona! pues como Sebastiana estaba de compra, no se quedó corta misia Jeromita para replicar, y allí mismo se pusieron verdes; asustando á la gatuna pareja, que salió escapada y á Diamela que aprovechó el tiberio para llevarse en la boca el caído melocotón.

—Que te opongas ó que no, la pieza grande se alquilará al señor Lucca—siguió chillando la mayor después de apagar los fuegos á Leona y de obligarla á huir, llorosa y descompuesta;—que digan lo que quieran las Cadenas. Y si te parece, vas á contárselo á tu primo Neponuceno..... Aquí le espero, por si la zurra de la otra noche no le ha bastado y le apetece otra. ¿Perra, desagradecida! que si supieras lo que has dicho, te cortabas la lengua con los dientes ...

Encerrose Leona en su alcoba y en la suya penetró misia Jeromita, ahogándose, derecha al tocador, para auxiliarse con el frasco de Colonia, ¡Pero, señor! ¿Qué se figuraba la chiquilla esa? ¿Qué se figuraba el primo [Nepomuceno? ¡Nepomuceno! ¡Quien menos derecho tenía á alzar el gallo! ¡El zángano, el piojoso! Seguramente había soliviantado el ánimo de la muchacha, imbuyéndola desatinadas ideas de rebelión contra su santa voluntad. Bien, que se rebelaran los dos, que chillaran hasta ponerse roncos, no dejaría por eso de cumplirla; y que murmuraran las Cadenas y todas las lengüillargas del barrio, él, él entraría bajo su techo con los honores del triunfador.

Poco á poco se serenaba sonriendo al despertar de dulces recuerdos, aplicado el fresco á las narices, balanceándose en la mecedora, mientras el áspero reclamo del tranvía sonaba en la calle. ¡El tranvía! Allí le conoció á él, á Fortunato, aquella mañana del aguacero... ¡Ay! sí, digan lo que quieran cuantos de corazonadas se burlan y niegan á pies juntillas que los actos humanos están fatalmente su

peditados á una voluntad superior, que nos mueve y lleva como titeres á su albedrío; no cabía duda que si aquella mañana el reloj no se retrasa, y no sueltan las nubes un chaparrón, y no se la olvida á ella el paraguas (preparativos todos del Destino para facilitar el enlace de dos almas), ni conoce misia Jeromita á Fortunato ni Fortunato cae en la tentación.... ¡Ay! sí, la lluvia la sorprendió antes de subir al tranvía, y por alcanzarle más pronto, tropezó y diera en el arroyo y se calara toda, si el brazo y el paraguas de aquel joven amable no lo impidiesen... Era hermoso como un arcángel, blanco, sonrosado, rubio, con ojos de zafir, barba dorada y guedejas sedosas, un San Gabriel miserablemente enfundado dentro de un gabán gris y afrentado por el hongo de color y las enormes botas embarradas.

Ríanse, sí, ríanse también los que quisieran que el corazón femenino, por amojamado, fuera insensible á los varoniles atractivos. ¿Por qué injusticia tamaña? ¿Pues no anda por ahí cada prójimo, con el fardo á cuestas de los setenta, encalabrinándose y babeando al paso triunfal de una muchacha jacarandosa? ¿Qué ley ni qué pragmática otorga al hombre este derecho y á la mujer lo quita, estableciendo para la una el límite de la edad, que no rige para el otro? ¿Y por qué lo que en el uno apenas chocha y es digno de consideración, en la otra ha de ser motivo de bafa, chacota y regocijo sainetesco? Ríanse, digo, los tales que, por no entender de psicologías, pretenden que el amor alienta sólo en pechos juveniles y desearan verle siempre en el libro y en el teatro, de melenita rizada y tonelete color de rosa; mas no echen á broma si aquí se asegura que la vista del San Gabriel mal pergeñado á la moderna dejó absorta á la señora de Pérez Orza y removió las fibras todas de su corazón, helado casi por tantos años de virtuoso celibato. El Destino, que en aquel momento gobernaba su voluntad, la entregó desarmada al enemigo, abandonándola pérfidamente. Ella puso toda la miel de su cortesía en la palabra de gracias con que pagó el servicio recibido y la vulgar res-

puesta:—No hay de qué....—suavemente pronunciada, la confundió más y más aumentó el hechizo. ¡De qué medios tan simples y vulgares se vale el Destino para enlazar por siempre dos almas!

Era el héroe toscano, y su historia la misma de muchos otros: la escasez en la aldea natal, que obliga á expatriarse, el miraje de América que finge la ambición, la cosecha de ilusiones y desengaños, la sorpresa de la realidad fundada sobre la base del trabajo.... ¡El trabajo! Dios único, á cuyas aras han de acudir forzosamente todos los que no quieran llamarse á engaño. Las manos de Fortunato Lucca eran pequeñas, limpias y lustradas como las de un príncipe, manos hechas para estar ociosas en la aristocrática prisión de los guantes de Suecia, y no para encallecerse con el mango de la azada. Hijo del maestro de escuela, con educación suficiente, llegó dos años antes al país en busca de un empleo liberal, que no encontró; sin familia, sin amigos ni apoyo, ¿qué hacer? Estaba en Flores, desempeñando un cargo ínfimo en un comercio, mientras no le saliese otro más provechoso y digno de su ambición legítima, porque, eso no, él no vino á cavartierra, y si le dijeran que en las entrañas de ésta se hallaba el tesoro de su porvenir, mendigar prefería á ejecutar lo que sus hábitos, sus gustos y su delicada salud le prohibían y *la sua mamma*, al partir, le recomendó que no ejecutase por todos los santos en general y la Madona en particular. ¡Con qué ternura nombraba á la madre, qué melancolía exquisita para acentuar la lamentación contra su mala estrella!.....

— ¡Y, sin embargo, me llaman Fortunato!

La de Pérez Orza sintió maternales impulsos de proteger al hermoso arcángel descarriado, y con atropelladas palabras se le ofreció en cuanto quisiera mandarla, dió su nombre, expuso su calidad de pensionista y propietaria y dejóse correr hasta fiar promesa de colocarle mejor, porque contaba con buenos amigos en el mundo oficial.

Y saluditos vienen y van cada mañana, y sesión de pa-

lique en cada nuevo viaje, y cartas recíprocas acerca del asunto de la colocación, acabaron de hacerles perder á ella el seso, y al toscanito la vergüenza. Para buscarle el empleo soñado, pensó misia Jeromita en Barbarossa, dueño de la antigua ferretería de Cadenas, y tal empeño mostró que el italiano admitió al fin á su compatriota en muy buenas condiciones, llevando la señora su generosidad, porque se presentara decentemente vestido, hasta regalarle un traje completo, de casimir finísimo, un alfiler de corbata que fué de Don Jesús, y pañuelos, camisas, calcetines.... Gozaba en la satisfacción de sus impulsos maternales hacia el bonito jovencuelo de veintidós años, se ufanaba en contemplarle tan majo y ser una segunda *mamma* suya superior á la otra en lo previsora y en la abundancia de medios protectores; embriagada por el aroma juvenil, apegábase á él cada día la solterona, y pronto los coloquios en la tienda de Barbarossa, mostrador de por medio, fueran más frecuentes si no se opondieran razones muy graves, muy graves. Como perrillo callejero, que ha encontrado un asilo, Fortunato mostrábase su agradecimiento en formas zalameras que la entontecían: su *mille grazie* á cada nueva dádiva (más de una vez misia Jeromita volcó su bolsillo en aquella mano aristocrática) era música de ángeles para su corazón amoroso; y multiplicaba las dádivas por asegurarle mejor.

—¿Es alguna parienta tuya?—preguntábale el colosal Barbarossa, el patrón; Nero, el segundo socio; el hijo de Nero, Felipito, un mozalbeta pelinegro y burlón, y los dependientes, Pietro Calli y Giácomo Verola, sus compañeros.

Y Fortunato, guiñando el ojo con picardía, contestaba:

—Sí, es mi abuela.

No cayó la infeliz señora de Pérez Orza en tan peligrosos extremos sin luchar heroicamente; las razones *muy graves*, que ella misma oponía á su afición, tan pronto como se dió cuenta de ella y pudo distinguir el carácter verdadero del instinto maternal con que se disfrazaba, revestían en sueños las formas tangibles de Pantaleona y D. Jaan Nepo-

muceno, que la acosaban furiosos y la despertaban sobresaltada; durante la vigilia, la vista de la hermana ó la visita del primo renovaban la temerosa batalla entre su deber y su capricho, y así, ni despierta ni dormida gozaba de paz alguna, presa por invisibles y misteriosas cadenas, de cuyos cabos tiraban Pantaleona y D. Juan Nepomuceno, hasta inutilizar su voluntad y ahogarla. Pero, si grande era el obstáculo, más grande todavía era la pasión insana, y entre luchas, zozobras, cavilaciones y desfallecimientos, se aflojaba la resistencia, enmudecía la razón y el diablo soplaba sobre las brasas para avivar la llama en que misia Jeromita se consumía; por broma ó por cálculo (los acontecimientos posteriores prueban que fué obra de cálculo) Fortunato continuó melosamente una tarde, en la tienda, algo que sacó toda la sangre á la cara de la solterona, y ésta, que sentía la comezón de las miradas de Nero el pequeño, contestó tartamudeando:

—¿Estás loco, hijo? El día que yo me casara me quedaba sin pensión. Estoy condenada á celibato perpetuo.

Suspiró dolorosamente, y el mozo sepultó los dedos en las doradas guedejas, buscando inspiración para conciliar tan opuestos intereses. Era preciso encontrarla, porque el doncel florentino estaba ya aburrido de la sujeción en la tienda, del obligado madrugar, de la brega diaria con parroquianos, patronos y dependientes; sus manos padecían del roce de los utensilios de hierro y los bajos menesteres; su instinto señorial, de la mezquindad de la alcoba en que dormía, del cacho de espejo incapaz de reflejar su imagen y de las toallas y sábanas de lienzo, cuya aspereza le irritaba la piel; su muelle voluntad, en fin, de prestar obediencia y acatamiento á las ajenas en todo aquello que no contribuyese á la lisonja propia. La conquista de América puede intentarse por medios diversos y no llegan solo á alcanzarla (así se lo aseguraba á Fortunato la holgazanería) aquellos que sudan sobre la tierra. Los mimos y carantoñas de misia Jeromita sugiriéronle el que más convenía á su natu-

raleza, el más cómodo y descansado, y no tuvo escrúpulo en proponerlo á la *abuela*, y al proponerlo no paró mientes en las canas, arrugas y trasnochados encantos de la solterona; pensó únicamente que los labios agrietados y cubiertos de carmín se abrirían para dar el sí á todos sus caprichos, la sobada cartera para derramar en sus manos todos sus billetes; pensó en el *dolce far niente* de maridito bien cebado, bien vestido, bien tratado, amable realización de sus sueños de la aldea.

—¿Casaca á mí? —repitió ella embelesada.—Si no puede ser, hijo.

Como del pedernal sale la chispa, de la cabeza rubia del arcángel salió la idea conciliadora, y era tal, que ni la virtud sufría quebranto, ni la pensión menoscabo, ni la sociedad agravio, ni carga la conciencia, porque con burlar la ley... muchos la burlan á destajo y tan campantes. ¡Ay! Misia Jeromita no la rechazó, antes la disputó por muy feliz y peregrina; mas no cedió á la habilidad italiana sin trazar nuevos combates en la sombra de la noche con los fantasmas de Pantaleona y del primo, sorprendiéndola el alba con los ojos obotargados por el insomnio; y hay que decirlo para que se la conceda el perdón que su debilidad merece: no aceptó la idea del toscanito sino cuando se sintió vencida, ya ciega y sorda á la razón y á todo miramiento.

—Haz lo que mejor te parezca, Fortunato; me someto á todo, á todo me resiguo. No sé que rara influencia tienes sobre mí, que me dominas y mareas. La dificultad está ahora en hacer pasar el trago á Pantaleona: es terca, voluntariosa, indomable; el día de tu visita te echó la vista encima con desconfianza: será tu enemiga jurada, no lo dudes. Temo que vamos á andar de zapa á la greña... En fin, hijo, hágase tu voluntad. ¡Ah, por qué me dejaría yo el paraguas aquella mañana! No te hubiera conocido ¡pillo!, y por querer hacer de madre tuya [que bien pudiera serlo, ó no lo ha reparado tu afecto], cayera de cabeza en esta deliciosa tentación... Otro enemigo tendrás en casa, tan furioso

y más también que Pantaleona: Nepomuceno, mi primo; un mal casado á quien las penas han revuelto el genio, y es más agrio que el propio limón; pero, á ese le doy un par de buñidos el día que se desmande, y á volar. Tal vez, como eres tan fino y azucarado, te les cueles á los dos en la voluntad y les domesticques, ¿no se amansan con dulzura las fieras? Y entonces el Caballito se igualará al paraíso. ¿Para quién serán los primeros frutos de la huerta? ¿Para quién el mejor racimo de la parral? ¿Y la gallina más gorda? Para el nene mimado de la casa. ¡Cómo te vas á poner el cuerpo, holgazán! ¡Qué cuarto voy á prepararte! con muebles de nogal, y lindas cortinas, y una mesa de escribir, para que escribas á tu madre, á la de allá. Ya me doña el pensar en el malísimo que ahora ocupas, y lo peor que te darán de comer: ¡pues apenas sabe Sebastiana condimentar los platos de tu tierra! y cuando te hartes de ellos, aquí estoy yo para hacer todos los guisados criollos que quieras...

Sonreía misia Jeromita, hamacándose en la mecedora, serena ya, y con el frasco de Colonia sobre la falda. El recuerdo de la idílica residencia que á Fortunato destinaba, provocó otro, y otros más, que debían traducirse en las urgentes ocupaciones del día: ver al ebanista, al tapicero, y al albañil para que diera una mano de cal á la pieza grande... ¡Ah! y llevar los papeles á Fortunato. Se levantó, y delante del tocador, procedió á aderezar el rostro untándole de *cold cream* casero, y almidonándole generosamente, poniendo en los labios y en los pómulos buena dedada de carmín, y con la punta de una horquilla quemada en la llama de una bujía, ennegreciendo cejas y pestañas; ahuecó la peluca de modo que no descubriera las canas auténticas, y satisfecha de su arte decorativo, buscó en el armario la sombrilla de las grandes ocasiones, la del rabo de marfil y encajes blancos, y el abanico de nácar y lentejuelas.

Después del almuerzo [al que no asistió Pantaleona] salió de casa y tomó el tranvía. ¡Qué ufana iba, qué orgullo, sa, y cómo dejaba sentir los mil perfumes en que se había

ungido, el benjui de las ropas, el jazmín del pañuelo y el delicadísimo de la diamela y las flores del aire que, encerradas en un cucuracho de papel, llévaba como obsequio á Fortunato! Hubieron de abrirse los cristales, y cumplido el obligado calvario de atascamientos, descarrilamientos, revolcones de caballos y cien más tropiezos, que son atributo y gloria de las calles y tranvías bonaerenses, apeose la señora en la puerta misma de Barbarossa; que si antes no se ha dicho, enmiéndase ahora la omisión señalando que estaba la ferretería situada en la calle de Rivadavia. Entró, pues, misia Jeromita en la tienda, á tiempo que tres fornidos mozállones hacían rodar sobre dos carriles una vagoneta, que llaman aquí *zorra*, no sé por qué mal motivo, la cual traían cargada de cubos de hierro y muchos lios de alambre enroscado, vestían de lienzo blanco los tres, con anchos calzoncillos y mandil ceñido á los riñones, camiseta listada, boina y alpargatas, el pecho y las pantorrillas al aire, cubiertos de sudor y de vello, y con tal furia empujaban, que á poco atropellan á la señora, si ella no chilla y detrás del mostrador no vocea el patrón, Barbarossa, hércules de rojiza y crecida barba, de miembros recios y facciones brutales, como forjado á martillazos sobre el yunque de un ciclope.

En lo más alto de la anaquelera que rodeaba el hondo almacén, sobre una escalera, Giacomo, el dependiente, escogía paquetes de clavos y dejábalos caer en una banasta que abajo sostenía Pietro Calli, gritando á cada uno que arrojaba: *due, cinque, sete*, como si jugaran ambos á la morra; los dos muy preocupados en su tarea, vigilados por el patrón y el socio Nero, un viejecito de nariz bulbosa que en el fondo se paseaba, rasca que rasca á la nariz y mira que mira el acompasado caer de los paquetes. El otro Nero, el pequeño, y el bonito Fortunato estaban junto al mostrador; volviéronse al chillido de la de Pérez Orza, y así que la reconocieron cambiaron una mirada, que de Nero pasó á Fortunato, de éste subió al techo y tropezó con el socarrón de

Giácomo, bajó y sorprendió á Pietro, y buscando al viejo Nero, á quien quitó los dedos del naso irritado, fué á parar al colosal patrón, que se inclinaba cortesmente ante la señora; tras de la ojeada brotó una sonrisa, la de Fortunato cruel, la de ambos Neros burlona, despreciativa en Giácomo y Pietro y en Barbarossa de lástima, y todos contestaron á la salutación que misia Jeromita les enviaba desplegando el abanico de lentejuelas:

—¡Buenos días nos de Dios!

—Allí le tiene usted— indicó Barbarossa maliciosamente.

Fortunato avanzó y la tendió la mano. Ella se dejó llevar hasta una silla de la trastienda y se sentó emocionada; allí no podían verlos, y debatían el magno asunto lejos de la curiosidad de los impertinentes.

—Me encontrarás muy pálida, ¿verdad, hijo? con ojeras tamañas: es del sofocón que me ha propinado Pantaleona, porque sabrás que ya ha roto las hostilidades esa mocuzuela, esa entrometida. ¡Tiene gracia esto! que á mis años deba dar cuenta de mis actos á una niña de colegio. ¿La he dicho yo algo de sus amores con ese Cadénitas insulso? Ni esto; ni jota. Y mira si había que decir... Pues nada, apenas le anunció lo convenido, que tu alquilabas la pieza, se me desbocó y casi me araña, hecha un basilisco. ¡Ay! no sé cómo no me dió un accidente. No ha querido almorzar y ahí se queda encerrada la indina... También el otro, el otro, Nepomuceno, fué con pretensiones de ajustarme cuentas y le saqué con las orejas calientes... Esto clama al cielo!

Dulcemente, Fortunato trataba de calmarla en su jerga italiana, con muchos, *mio Dio* melosos, y *paciencia, pacienza*, á calderadas. Era *naturale* que la *signorina* y el *vecchio* se escamaran al principio, pero la pláida estaba tan lindamente amasada, que el viejo, la niña y el mundo entero se la tragarian sin sentir.

—¡Ay! qué bien lo arreglas todo—dijo misia Jeromita

—no me extrañará que á los tres días estés con Pantaleona á partir de un confite, porque eres más fino y hábil que un diplomático; así me has embaucado á mí y me tienes chocha, florentinito diabólico. Bueno; al grano. Aquí traigo los papeles: mi fe de bautismo y los demás que hacen falta; los he sacado yo misma, pues si nos sienten las moscas estamos perdidos. ¿Han llegado los tuyos?

—Sí; están arriba, en mi baúl.

—Perfectamente; entonces...

—La semana que viene, el *giovedì*, á las tres.

—¿Qué es eso de *giovedì*? ¿El jueves? A veces me cuesta entender tus terminachos; también te costará á ti entender los míos criollos, ¿verdad? Quedamos en que el jueves, á las tres: de aquí al jueves se blanqueará tu cuarto y se amueblará. Pero dime, ¿cómo haremos? ¿Irás tú ó vendré yo?

El joven explicó su programa, con ademanes y visajes, que traducían las palabras incomprensibles, atusando las guedejas blondas ó el bigotillo de seda, mientras recorría el pequeño espacio libre que dejaban las cajas y las pilas de braseros, anafres, cubos y otros utensilios depositados en la trastienda; mareaba á la solterona con sus paseitos y su labia, y á cada número la interrogaba con un *capite*? al que misia Jeromita asentía dando una cabezada.

—Sí, *capito*, digo, comprendo... Al fin vas á hacer de mí una gringa de cuerpo entero. Pero, ¡por Dios! no te muevas tanto, hijo: estoy mareada, de tus paseos, de lo que me dices, ó del olor de estas flores. De manera que vendré yo....

¡Claro! Vendría ella sola, vestida muy sencillamente, sin decir oste ni mosté á Pantaleona, ni darla nada que sospechar, y en la ferretería la esperaría él con los dos testigos Giacomo y Pietro: la ceremonia no tendría lugar en la iglesia, porque si había de mantenerse secreta, mejor y más seguro era verificarla en una casa particular, en la de Nero, por ejemplo, que vivía con su padre; tenía Nero un amigo

cura tan influyente, que hasta de las amonestaciones en la parroquia les dispensaba, y él mismo le echaría una bendición que ni el Padre Santo de Roma.

—Bien, bien—dijo la señora—¡pero anda el vandero en tantas manos, Fortunato! Si en una sola no está seguro un secreto, ¿qué será en poder de tus tres compañeros, que me parece gente informal y burlona? El Felipito de to to se ríe y todo se le vuelve mostrar los dientes; tu Giacomo es otro que tal, y de Pietro no se diga, pues á irrespetuoso y ordinario no le gana su compinche.

—Ma no—protestaba el toscanito—no, no.

Eran los tres excelentes muchachos, serviciales y fieles á carta cabal. Guardarían el secreto como una *tomba*. Luego ¿á quiénes de mayor confianza podía recurrirse? Y como se les gratificaría copiosamente, á Nero, y al cara con bonitos regalos, y á los otros dos con buenos billetes de Banco ..

—¡Sí, sí; échale que no se derrame; si creerás que guardo un Potosí dentro del colchón! La mitad de la pensión nos la comemos Pantaleona y yo, y de mis economías, con estas andanzas no quedará migaja: te he comprado tu traje completo, las botas de charol que deseabas, la docena de camisas, la media de corbatas... ¡Los muebles! ¿Y los muebles? Mil pesos en conjunto, y aún me quedo corta. Dirás que más vales tú, y dirás verdad, pero con el poderoso Don Dinero, que leí yo en un almanaque, hay que andarse con muchos miramientos. En fin, les coseremos la boca á tus compadres con una buena aguja de oro, y que me cueste el celeste si tanto le deseo, ¡Ay! Fortunato....

Sentado ahora sobre la caja más próxima, él sonreía; y la dama, cuya sangre criolla, mezclada de no pocas gotas de india, corría alborotada por sus venas, quemando los salientes pómulos, le alargó el ramito de diamelas y flores del aire.

—Toma, las he cortado para ti—dijo apasionada—yo misma, de mis plantas. ¡Ay, Fortunato! Tengo deseos ¡de

reír y de llorar: siento cosas muy raras y se me ocurren disparates muy grandes; no duermo, no como, no vivo.... Nunca me ha pasado nada semejante; mi vida ha sido siempre tranquila y triste, lo mismo el hoy que el ayer, hasta que te conocí, ¡qué revolución! ¡Qué cambio! ¡Qué manera distinta de verlo todo, como si me hubieras puesto otros ojos, y metido otras ideas, y colocado en el hueco de mi corazón otro corazón, ó t l vez inflamado el antiguo! ¡Qué sé yo? Maduro y todo no ha sabido resistir. Para mí, eres el diablo en carne y hueso. ¿Ves aquella araña de la ventana y la mosca prendida de las patas, temblando en la tela? Pues la mosca soy yo, y tú la araña pérfida.... Repito que me has cambiado el corazón, porque yo antes quería mucho á Pantaleona, como hermana.... como hermana mía que es, y hoy la he tomado inquina de ver que te odia: si odia al inquilino, figúrate cuando llegara á descubrir la verdad.... ¡El jueves á las tres! ¡Qué largo se me va á hacer el tiempo, Fortunato.

— *Trinta é tre, trinta é cuatro, trinta é cinco.....*

Al galán le pareció que la situación exigía una palabra siquiera de esas usuales en los lances de amor, y la dijo con mucho fuego, cual si realmente sintiese lo que decía, mirando á la puerta por temor de que el guasón de Nero le oyera; misia Jeromita contaba las lentejuelas de su abanico.

— Cállate, ¡mentiroso, falso! ¿Acaso no ves que soy una vieja? Los italianos sois todos así, buenos para cómicos.

El afirmaba que la fruta madura es la mejor, con otras galanterías de este jaez que á la solterona sabían á, mieles; ¿qué importan los años, cuando el corazón se mantiene joven? y además, no sumaban tantos: ella había cumplido la verdad, la verdad, los treinta y nueve el 5 de Febrero.....

— *Trinta é nove*— gritó Giácomo desde la tienda.

— Parece que me hubiera oído y se burlara bservó alarmada la señora; —cierra esa puerta, Fortunato,.... no,

no cierres, que á esa gentuza no se le ocurra cosa buena. Me voy, pues he de ver todavía al mueblero. ¿No necesitas nada? ¿La ropa te cae bien? Si quieres, te compraré un buen sobretodo, porque ya está el invierno encima y el Caballito es frío.... sí, sí; no me digas, que te lo compraré con vueltas de terciopelo negro. ¡Cómo te sentará el terciopelo! ¡Cuidado con las conquistas, señor florentino! Porque te advierto que soy muy celosa, soy una *Olela*. ¡Hay que temer á las americanas, eh!

De pie uno y otro, insistían en los detalles del programa, no fuera á fallar alguno y se malograra la empresa. Nuevamente mostró la dama su miedo de confiar tan grande secreto á los dependientes, y convinieron en que, si bien después del jueves abandonaría Fortunato la mezquina alcoba de Barbarossa, seguiría desempeñando su empleo en la tienda, no sólo por distracción y hasta por necesidad, pues debe tener el hombre ocupación que le evite los peligros de la holganza, sino porque el roce diario de los compañeros, á quienes la fatalidad trocaba en cómplices, permitiría vigilarles y matar en flor los pujos de delación, que para guardar secretos no hay arca bastante segura. Luego, para la misma Pantaleona, cuya suspicacia era conveniente adormecer, el entra y sal de todos los días demostraría, mejor que muchos razonamientos, el apego al trabajo y la seriedad del que, para ella y para los vecinos, para la sociedad en general, y en particular para el Gobierno, había de pasar por el inquilino de las señoras de Pérez Orza-Fortunato, gravemente, manifestábase conforme con *tutto* lo que la dama expresaba intercalando un *jecco!* de aprobación á cada *¿no te parece?* de duda ó desconfianza; y ella no se marchaba, vaciando el saco de advertencias hasta que se viera el fondo.

De pródigo, echó mano al bolsillo y sacó dos objetos: una cartera y un estuche.

— Me olvidaba de lo principal—susurró alegremente;— esta sortija que te traigo, de montura antigua: el brillante

es muy bueno, mírale. Perteneció á mi madre; fué su regalo de boda. Dame la mano, que quiero ponertela yo. ¡Qué mano de príncipe tienes! ¿De príncipe? Muchos habrá por las Uronas que te la envidiarían. Te queda que ni pintada. ¡Ay! Fortunato, esta acción es simbólica, y sin duda Dios la bendice desde el cielo: representa el acto de nuestros desposorios. . . . ¡Ya me entran ganas de llorar! Bueno, ¡serenidad, Jerónima! A ver ¿qué otra cosa pensaba darte? Si no me acuerdo. . . . Te lo he dado todo, Fortunato: ¡hasta el corazón! ¡Ah! Si, esta memoria. . . Gastos habrá que hacer para la ceremonia, los derechos parroquiales, propinitas al sacristán, coches, algún refresquito con que obsequiar al señor cura, etcétera; toma cien pesos y sanseacabó. Que Dios nos ayude. Hasta el jueves, Fortunato.

Rendido, el toscanito la besó la mano.

—Déjame que pueden vernos. Adiós, hasta el jueves.

Salió de la trastienda, abanicándose y fingiendo hablar de generalidades.

—¿De veras, Sr. Lucca? ¿Cree usted que tendremos cambio de tiempo? Aunque estamos en otoño, el calor es sofocante.

Barbarossa y los otros la saludaron al paso con exagerada urbanidad; pero, tan pronto como se perdió en el revuelto enjambre de la acera, en los carnudos labios del patrón asomó la primitiva sonrisa que, contagiando á todos, transformose en general carcajada; Giacomo, sobre la cúspide de la escalera, desencajaba las mandíbulas como un epiléptico; Pietro Calli, por meterse los puños en los ijares, abandonó la banasta y la tarea; el viejo Nero se despellejaba la nariz; Barbarossa reventaba, y Nero el chico, con voz de barítono muy fuerte, haciendo piruetas delante de Fortunato, entonó la romanza aquella que empieza: *Una nuova canquista. . . .*

—¡Colombo egregio, sa'ute! —vociferó Barbarossa,

—¿E quando s'incomincia? —cantó Felipito Nero con música de *Mefistófe's*.

—¡Ja, ja, ja! —aullaban Pietro y Giacomo.

—¡Signori, silencio! —ordenó el viejo Nero haciendo sonar el badajo de una enorme campana que de un madero pendía, y destinada, sin duda, á alguna iglesia de pueblo.

El campanazo fué atroz y retumbó en la tienda como si hubieran disparado una pieza de artillería. Los que pasaban se asustaron; y los carreros que en la calle, ayudados de los tres mozallones, cargaban las mercancías, acercáronse curiosamente á la puerta, echando sobre los ojos el *chembergo*, con quiebros de cadera, porque ¡pucha! parecía que los gringos estaban de *farra. . . .*

—¡Brindo por la *fidanzata!* —Gritó Giacomo, asiendo un balde que había en el estante.

—¡E viva, e viva! —aplaudió Pietro.

Y todos rieron más alto. Barbarossa al punto de querer saltársele los ojos inyectados y lacrimosos, porque Felipito coronó á Fortunato con una rama de hierro colado, y le ofreció de cetro una pala de chimenea, y como el toscano, antes de enfadarse, saludaba al concurso dando gracias con burlesca prosopopeya, arreciaba la chacota, y Nero, el viejo, hubo de soltar otro campanazo horroroso.

Entonces el patrón, muy serio, hizo un gesto de mando, y lo mismo los mirones de la puerta que los dos risueños dependientes, prestaron de nuevo los lomos al trabajo.

Cálidas bocanadas entraban de la calle, que incendiaba el sol de Marzo, y donde carros y tranvías disputábanse el estrecho paso con trompeteo incesante, latigazos, juramentos é ingrata algarabía. Fortunato había cogido de las solapas á Felipito Nero, y le hablaba vivamente, en un ángulo; y sus gestos, harto elocuentes, eran los de dos personas que en un principio disputan y al cabo se convencen y fraternizan: porque la cara morena de Felipito expresó asombro, duda, indecisión, disgusto, benevolencia y alegría franca, y conforme aparecía reflejada una de estas impresiones, manoteaba el otro, exaltábase, insistía, se enojaba y

tornaba á machacar y á enojarse, hasta romper ambos en una risotada.

—¿Para el jueves, á las tres?—preguntó el joven Nero ahogándose.

—Ecco, eso es;—respondió el toscanito haciéndole ceco.

Felipe se apoyó en el mostrador, vencido por la hilaridad; Fortunato no podía hablar, amordazado por el pañuelo. Se miraban, y la nueva explosión de risa les sacudía con dolorosos esfuerzos.

—¿Ancora?—exclamó Barbarossa—¿Qué estáis tramando? ¡Ah! *briganti*.

Giácomo y Pietro dejaron nuevamente paquetes y barnasta, escarabajados del deseo de tomar parte en la franchela: se volvían, con las bocazas abiertas, retozándose en la garganta la carcajada estúpida, y también Nero, el padre, con gruñidos de curiosidad. ¿Qué sucedía? ¿De qué se burlaban los dos? *Diavolo* de chicos...

—Pregúntenselo ustedes á Fortunato—dijo Felipito casi llorando.

—No, que lo diga él—indicó Fortunato, más con el ademán que con la palabra.

Y Felipe, apretándose la barriga, se acercó al oído del padre y le secreteó buen rato; luego á Barbarossa, y á Pietro y á Giácomo, que descendió de las alturas. Y todos se rieron locamente, estrepitosamente, como al principio; desplomado Barbarossa sobre el mostrador; Giácomo en brazos de Pietro; Nero, el padre, en el escritorio..... Callaban y volvían á reírse, siendo todo esfuerzo inútil para detener la desbordada jarana, ni el mismo gesto del patrón, mueca de broma que no llegaba á adquirir la necesaria rigidez del mando.

Felipe, Giácomo y Pietro cantaron aquello de *Alle tre, alle tre*.....haciendo reverencias á Fortunato; y otra vez le pusieron la corona de hierro y le pasearon en triunfo. Barbarossa mismo tamborileó sobre un balde con un par de cla-

vos largos, y el viejo Nero se colgó del badajo de la campana, *plum, plum, plum*, que no parecía sino que tocaban á fuego.

Entraban los mozos empujando la vagoneta vacía y en ella hicieron subir al alegre toscanito, proclamándole el más travieso de los traviesos del mundo. Retorciéndose de risa, Fortunato, con el dedo sobre los labios, les recomendaba discreción.

Y Barbarossa, Felipito, Nero el viejo, Giácomo y Pietro, entre el alboroto del balde aporreado y las campanas, respondían:

—Ja, jr, ja.

